

EL ESCRITOR EN SU TORRE DE MARFIL. JAPÓN Y ESPAÑA: TUMBADOS Y HIKIKOMORI

Elena Gallego Andrada
Universidad Sofía, Tokio

El tópico literario del *Beatus ille*, uno de los más conocidos y antiguos de la literatura universal de todos los tiempos, aparece ya en Horacio; recordemos su famoso epodo del que proviene este tópico: «*Beatus ille qui procul negotiis / ut prisca gens mortalium*». Posteriormente, en autores del renacimiento es difícil no hallar composiciones influenciadas por los tópicos y las formas horacianas. En Fray Luis de León también aparece la alabanza a la vida retirada en sus odas: «*Dichoso el humilde estado / del sabio que se retira / de aqueste mundo malvado, / y, con pobre mesa y casa, / en el campo deleitoso, / con sólo Dios se compasa / y a solas su vida pasa, / ni envidiado, ni envidioso!*», «*¡Qué descansada vida / la del que huye el mundanal ruido, / y sigue la escondida / senda, por donde han ido / los pocos sabios que en el mundo han sido!*», «*Vivir quiero conmigo, / gozar quiero del bien que debo al cielo, / a solas, sin testigo, / libre de amor, de celo, / de odio, de esperanzas, de recelo*».

Nuestro tópico aparece también en otros autores como Garcilaso de la Vega o Antonio de Guevara, *Menosprecio de corte y alabanza de aldea* (1539) y más adelante también otros autores como José Cadalso o Leandro Fernández de Moratín también seguirán el camino labrado por el poeta romano. Asimismo tenemos influencia de Horacio en autores ingleses como John Keats o John Milton, y en diversos autores de la generación del 27 como Jorge Guillén.

En los escritores modernistas aparece el tópico de la «torre de marfil», uno de los símbolos más comunes de este ideal lugar estético, un lugar elevado física y espiritualmente, lleno de objetos orientales, exóticos y raros, un espacio aislado como para esconder princesas

medievales, caballeros andantes, países lejanos, etc.

Como podemos ver a lo largo de la historia de la literatura, ha sido un deseo natural del ser humano retirarse, alejarse del mundanal ruido, de la ajetreada vida social de la corte o del mundo moderno y llevar una vida sencilla y austera.

Sin embargo, el punto en común que hallamos en todos estos escritores es la búsqueda de un objetivo a través de este retiro: consagrarse o enfrascarse en alguna labor, dedicarse a algo para lo cual es necesario el silencio, la calma y el alejamiento de todo lo mundano.

Por otra parte, también debemos recordar el quietismo: movimiento espiritual de tendencia básicamente mística que alcanzó gran difusión en la Europa occidental, especialmente en España, Francia e Inglaterra durante el S. XVII. El quietismo propone alcanzar la íntima unión con Dios a través de un proceso de interiorización caracterizado por la absoluta pasividad y la completa anulación psíquica para gozar de una imperturbable tranquilidad y conseguir la absorción del alma en la esencia divina.

En la actualidad estamos asistiendo a un fenómeno parecido en Japón caracterizado asimismo por el aislamiento y la pasividad pero carente de toda aspiración espiritual. Si en la época actual la sociedad mundial, la gente, su estilo de vida y su modo de comunicación cambia a unas velocidades de vértigo, Japón es posiblemente uno de los países en que mayores cambios y a mayor velocidad se producen. Podría considerarse como una especie de barómetro sociológico u observatorio pionero de los modelos de comportamiento anómalo o desórdenes psicosociales posmodernos, resultado de la era de la globalización, hipercomunicación, ultradesarrollo económico y saturación material.

Este fenómeno se denomina *hikikomori* en japonés y el punto discordante con los fenómenos de aislamiento social anteriormente descritos es la ausencia de objetivos.

Los *hikikomori* son jóvenes varones en su mayoría (86%), normalmente hijos únicos o primogénitos, que se encierran en su habitación, se abandonan a la inactividad y abulia más absoluta y cortan toda relación con el exterior. Afecta a jóvenes estudiantes brillantes que no pueden sobrellevar el estrés de las exigencias, los requerimientos de una sociedad cada vez más competitiva y que son incapaces de hablar y confiar en su entorno.

Sin embargo, este fenómeno no es exclusivo de Japón. De manera

imperceptible, aunque con características diferentes en cada sociedad, se va extendiendo al resto de los países «extracivilizados». En español se conoce con el nombre de «síndrome de la puerta cerrada», en inglés como *social withdrawal*, en francés *syndrome du retrait social aigu* y en alemán *Sozial Phobie*.

Hay numerosos tipos de *hikikomori*, por ejemplo, el *hikikomori* social, que rechaza el estudio, trabajo o preparación laboral pero mantiene relaciones sociales, llamado también NEET (**N**or currently engaged in **E**ducation, **E**mployment or **T**raining), que presenta numerosas características similares a la generación “Ni-Ni” en España (según las estadísticas, alcanzamos proporcionalmente las mismas cifras, en torno a los 800.000). El acrónimo NEET, nacido en el Reino Unido hacia el año 2000, evidencia que este tipo de *hikikomori* no es exclusivo de Japón. Un tipo totalmente opuesto a éste es el *tachisukumi-gata*, que presenta una fobia social muy marcada y se siente paralizado de miedo.

En contra de lo que se suele creer, no todos los *hikikomori* pasan la mayor parte del tiempo enganchados a los videojuegos y a la comunicación vía internet. Este tipo de *hikikomori* es cercano al *netogehaijin*, literalmente: «zombi del ordenador». Pero el *hikikomori* más habitual es el que no hace absolutamente nada y rechaza todo tipo de responsabilidad y esfuerzo, incluso algunas veces, hasta el más mínimo para realizar las necesidades más básicas de la supervivencia como comer o dormir (incluso se han descrito casos de enfermedad o muerte por inanición). Su familia sabe que sigue vivo porque devuelve vacía la bandeja de comida en la puerta, frontera infranqueable entre el *hikikomori* y el mundo exterior. Esto significa que no sale de la habitación para nada ni habla con nadie, no se asea ni se baña nunca, no se corta el pelo ni se mueve lo más mínimo, lo cual conlleva una pérdida irrecuperable no sólo de las habilidades sociales de comunicación e interacción, sino también de la capacidad motora, que lo convierte en una especie de muerto en vida.

En una época de hipercomunicación en la que los usuarios de las redes sociales se contabilizan por centenas de millones y en la que es difícil imaginar a un escritor famoso sin página web, blog o cuenta en Facebook, ya sea manejada por él mismo o por su agente, ¿qué razones originan la aparición de este fenómeno?

Las causas son tan numerosas como complejas: la excesiva exigencia académica y laboral de la sociedad japonesa y sus intrincadas rela-

ciones personales¹, la pérdida o enajenación de la identidad cultural o individual, la imposición de modelos y estilos de vida occidentales como una habitación de uso exclusivo para cada hijo/a, la decisión de los padres japoneses de tener un sólo hijo y la presión familiar sobre el primogénito o unigénito, el complejo de Edipo, el síndrome de Peter Pan, la timidez, introversión y pasividad inherentes al carácter japonés, el extenuante horario laboral de los padres y su alto poder adquisitivo, el exceso de actividades extraescolares, la saturación material, el hiperconsumismo, el hedonismo, el culto al cuerpo y la pérdida de valores, la hiperinformación e hipercomunicación, que paradójicamente lleva a una hiperincomunicación, la escasa o nula tolerancia a las frustraciones, etc. El psiquiatra Tamaki Saito, pionero y mayor especialista en estudio de los *hikikomori* en Japón, ha añadido que el problema tiene raíces históricas, ya que «la música y la poesía tradicionales japonesas suelen celebrar la nobleza y los beneficios de la soledad». Y también debemos añadir que la historia japonesa está llena de personajes ejemplares que dominan sus sentimientos, esconden su dolor, sufren en silencio y destacan por su taciturnidad y entereza en las situaciones más desgarradoras.

La reclusión suele comenzar con el absentismo escolar (*futtoko*, en japonés, unos 50.000 casos anuales de estudiantes de secundaria y bachillerato) aduciendo acoso por parte de sus compañeros, malas notas, malestar físico, un desengaño amoroso, etc.; la mayoría de los *hikikomori* suelen encerrarse durante uno y cinco años, pero hay casos en los que puede durar hasta diez años o casi dos décadas, como estamos comprobando recientemente. Y es en este punto donde radica la extrema gravedad del problema en Japón: el vertiginoso aumento del número de *hikikomori* en los últimos años (más de tres millones en septiembre de 2010 según cifras extraoficiales)², y la “talludización” de los *hikikomori* de largo recorrido: los adolescentes y jóvenes que se aislaron hace casi dos décadas son ahora treintañeros o casi cuarentañeros y han tirado por la borda los mejores años de su vida, justo cuando debían estar preparándose para el futuro. Estos «eternos encerrados» ven con pavor cómo sus padres, de quienes han dependido económicamente y a quienes en muchos casos han maltratado física

¹ No debemos subestimar el hecho de que estamos ante una sociedad vertical, asimétrica y distante, de características totalmente diferentes a las sociedades horizontales, simétricas y próximas, habituales en el mundo occidental.

² La ocultación o negación del problema dificulta la obtención de cifras oficiales.

y/o psicológicamente, se hacen mayores, comienzan a llevar vida de pensionistas y no pueden seguir manteniéndoles como antaño, con lo cual la pesada carga social, económica y sanitaria que genera su vida parásita pasa a ser un problema prioritario en la sociedad japonesa.

Analizando las causas de este fenómeno, podemos observar sus numerosos puntos en común con la reclusión o retiro de algunos escritores a lo largo de la historia. ¿Acaso no es la presión y el ajetreo social de la vida política y de la corte en el renacimiento la razón que origina su alejamiento? ¿acaso no es el deseo de escapar del ambiente pequeño burgués, la sociedad materialista, práctica y fea que rodea al escritor modernista?

Debido a los peligros de las ciudades durante la Edad Media, la vida sencilla del campo parecía mucho más atractiva en el Renacimiento. De la misma manera los actuales jóvenes, presos del asfalto y dependientes económicamente de sus padres, han cambiado la vida en el campo de los escritores renacentistas, el desierto y el cultivo del espíritu de los antiguos anacoretas y ermitaños y la torre de marfil de los escritores modernistas por la más absoluta inactividad en el interior de sus diminutos cuchitriles.

Recordemos a Julián del Casal, máximo ejemplo del poeta modernista que se niega a participar de la experiencia cotidiana y se refugia en un mundo exótico creado por él mismo, desafiando a la naturaleza por medio del arte. Recordemos asimismo la celda o el rincón de la que nos habla Rubén Darío en la «Epístola a la señora de Leopoldo Lugones» al describir su vida parisiense.

Por otra parte, el escritor español Luis Landero nos habla de «los tumbados» en su libro *Leer entre líneas: el cuento o la vida* y en sus artículos: «Tumbados y resucitados» y «Los tumbados»³, prueba evidente de que el fenómeno de los *hikikomori*, no es un producto típico o exclusivo de nuestras hiperdesarrolladas y ultratecnificadas sociedades.

Veamos a continuación un fragmento donde describe este fenómeno:

«Yo creo que mi primer recuerdo consciente o nítido de la enfermedad tiene que ver con un hombre postrado en una cama, no un hombre cualquiera, sino una de aquellas figuras casi legendarias que hubo en el sur hace ya años y a quienes les llamaban “los tumbados”. Yo conocí de cerca una vez a un tumbado; esto es, no a un holgazán,

³ Landero, 1995, 2001a y 2001b.

a un neurótico o a un simple enfermo imaginario, sino a un auténtico e irreplicable ejemplar de tumbado: a un hombre que una mañana opta por suspender su actividad laboral y social y se abandona espléndidamente a la inacción. Nada excepcional había ocurrido en su vida. No había sufrido un desengaño, tendencia a la depresión o conflicto laboral o doméstico. No, a aquel hombre le había sucedido lo que a otros: que una mañana, sin anuncio previo, sin razón aparente, sin el menor síntoma de enfermedad, y en perfecto uso de sus facultades mentales, había decidido quedarse en la cama indefinidamente, y de ello hacía ya casi diez años».

Y añade: «la propia víctima fue la primera en quedar atónita e indefensa ante la irrupción de la desgracia»⁴.

«Desde luego era inútil animarlo o persuadirlo a la acción, ni nadie lo intentaba, porque todos sabían que aquella era una tragedia que carecía de nombre, de causa y de remedio, que le puede ocurrir a cualquiera, y que era tan inevitable como el rayo o la luna. Y tampoco a nadie se le pasaba por la cabeza acusar al postrado de molición o locura, ya que en última instancia se trataba de designios de Dios o del destino y como tales había que recibirlos. Sólo quedaba, pues, condolerse, resignarse e intentar salir adelante como mejor se pudiera. Les llamaban así: “los tumbados”, y que yo sepa no hay muchas noticias concretas sobre ellos».

En cuanto a la actitud de la familia del tumbado de cara a los demás y la solución a la supervivencia diaria, Landero sigue contándonos:

Recuerdo que había una mujer vestida de medio luto, que iba limosneando de puerta en puerta con el estribillo: “Una caridad para esta pobre mujer que tiene seis hijos y a su marido tumbado desde hace diez años”. Y la gente le daba algún socorro y la animaba a la esperanza y a la fe. Porque lo más impresionante de estos dramas era el respeto y la adhesión con que la comunidad acogía a los tumbados⁵.

Respecto al tipo de personas y de familias en que solían darse estos casos, Landero nos dice:

Se daban estos casos en familias más bien humildes y casi siempre el tumbado era un hombre, por lo general laborioso y de espíritu manso y

⁴ Luis Landero, 2001a, pp. 85-86.

⁵ *Ibidem*.

ejemplar. Una vez tomada la decisión de tumbarse, se iniciaba un proceso de desenlace imprevisible. Acudían los vecinos a acompañar en la desgracia, a dar una especie de pésame y a reunirse en torno al tumbado en un acto muy parecido a un velorio sin muerto, o con el muerto presente no sólo en cuerpo sino también en alma. Si alguien, desinformado, se interesaba por lo ocurrido, recibía por respuesta: Nada, que Fulano se ha tumbado”, y el otro movía desalentado la cabeza y decía: “Vaya por Dios”.

Sobre lo que sucedía a continuación y el tiempo que pasaban tumbados, Landero sigue relatándonos:

Luego, la historia del tumbado se diluía en el tiempo. A veces le duraba la decisión toda la vida; a veces, a los dos, cuatro o doce años, un día se levantaba y retomaba su actividad de siempre. “Fulano se ha levantado”, se corría la voz entonces, y en todas partes se le recibía con naturalidad e incluso con admiración.

En cuanto a su experiencia personal con un tumbado, Landero nos relata:

Una vez, como decía al principio, vi a un tumbado. Era un tumbado más bien joven porque sólo llevaba tres años en la cama y no debía de haber cumplido los cuarenta. “¿Cómo va eso?”, le preguntó mi madre. “Aquí andamos, con lo nuestro”, dijo él. Dedicaba el tiempo a mirar al techo, a recabar información sobre si era buen año de liebres o aceitunas, a escuchar la radio, a dormir y a suspirar de vez en cuando. Me impresionó su dignidad y sobre todo que aquella postración no parecía un descanso, sino una última y misteriosa forma de trabajo. Allí estaba, laboriosamente echado, concentrado en su tarea ciclópea y ofreciendo el formidable espectáculo de una quietud que evocaba la del santo Job ante un destino fatal e incomprensible⁶.

Sobre la influencia que dicha experiencia tuvo en él posteriormente, Landero nos dice:

De cualquier modo, cuando empecé a ir a la escuela y a adquirir deberes y responsabilidades, yo me acordaba de aquel tumbado y lo envidiaba en secreto y soñaba con un destino similar para mí. Entre los días más hermosos de mi niñez están aquellos en que una leve enfermedad me

⁶ Ibidem.

obligaba a quedarme en cama, protegido de los trabajos y rigores del mundo por la profunda calidez del hogar. Oía a mi madre fregar los cacharros, pasar la escoba, hablar con las vecinas, sentía el frescor limpio de las sábanas, disfrutaba de la solitud con que todos se apresuraban a cumplir mis deseos o se adelantaban a ellos con un tono siempre dulce en la voz: “¿Quieres una naranjada?, ¿quieres que vaya a comprarte un TBO?, ¿te cuento un cuento? ¿te subo un poquito más la persiana?”. Sí, aquellas mañanas cálidas y ociosas fueron las mejores de mi vida, y yo alimentaba la vaga esperanza de convertirme en un tumbado y vivir así ya para siempre⁷.

En cuanto a «personajes literarios tumbados», quizá es Edgardo, el protagonista del popular drama *Eloísa está debajo de un almendro*⁸ (1940) quien mejor encarna el prototipo. Jardiel Poncela nos dice que «lleva acostado sin levantarse de la cama veintiún años» y que su actitud es «perfectamente digna, y en todo, en sus ademanes, pausados y armoniosos, así como en su empaque personal, denuncia inteligencia y educación exquisita». Para su creador tiene una «distinción innata», lo cual no impide que, llegado un momento, «la cama le aburra y necesite viajar». Entonces Edgardo viaja en tren, naturalmente..., sin salir del lecho y su ayuda de cámara le proyecta en una pantalla vistas de los sitios principales por donde pasa.

A continuación, Landero nos habla de numerosos casos de famosos escritores que fueron tumbados «al menos en alguna época de su vida». Es el caso de Juan Ramón Jiménez, cuya extrema hipocondría le llevó a vivir recluido en varios sanatorios en Burdeos y en el sur de Francia. Y nos aclara que «en realidad era un turista, sólo que no se alojaba en hoteles sino en hospitales de cinco estrellas [...]. Hay versos de Juan Ramón cuya dulzura acogedora, cuya melancolía, yo siempre relaciono con esas largas postraciones en su suite de enfermo imaginario»⁹ —concluye.

Otros poetas que menciona son Vicente Aleixandre y Rafael Alberti, que «descubrieron o remacharon su vocación mientras convalecían en algún sanatorio de montaña». También el caso de Proust, «que escribía en la cama (no sé si por enfermo o por tumbado)». También menciona otro personaje literario, aunque bastante diferen-

⁷ Ibidem, pp. 86-87.

⁸ Jardiel Poncela, 1995.

⁹ Luis Landero, 2001a, pp. 88-89.

te de Óscar (protagonista de «El tambor de hojalata» de Günter Grass): «Y ahora, de pronto, me acuerdo de Stephen Dedalus (el protagonista de *Retrato del artista adolescente*, de Joyce, y protagonista también de algunos capítulos del *Ulises*), porque también él tuvo su primera experiencia estética en su lecho de enfermo».

Y muchos más casos «que podríamos añadir, ilustres enfermos crónicos, y, por tanto, convalecientes también crónicos, como Keats, Stevenson, Nietzsche, Jaspers, Kafka..., todos ellos nos remiten al misterio, quieren decirnos algo, ofrecernos acaso una lección que nos gustaría entender en toda su enigmática elocuencia»¹⁰.

Por otra parte, Juan Carlos Usó observa que: «Aunque Landero no menciona nada al respecto, puede que entre los tumbados exista un factor hereditario o una pauta de conducta aprendida. Así, según confesión propia, José Manuel Caballero Bonald ha llegado a contar hasta cinco acostados entre sus parientes directos. Aunque en este caso no estemos hablando de una familia humilde, seguro que Landero estará de acuerdo con muchas de las observaciones realizadas por el poeta y escritor gaditano, coincidentes además en el espacio y el tiempo».

En primer lugar, Caballero Bonald destaca que no se trataba de un asunto «inconfesable»¹¹, o sea, una especie de trapo sucio de familia, sino que para la rama de los Bonald este fenómeno «no parecía merecer ninguna atención especial». De tal manera, nunca hubo ningún «tipo de discordia o de reprobación», ni «la menor objeción» hacia aquellos que habían optado por aquel estado de postración voluntaria. Durante algún tiempo, en su juventud el poeta llegó a sospechar de alguna «dolencia secreta», hasta que descubrió que se trataba de un «imperativo hereditario», sin que mediara más enfermedad que la de «una especie de atracción endémica por la cama», a la que el propio escritor llega a calificar de «predilección familiar»¹².

En el caso de los *hikikomori* queda totalmente descartado el factor hereditario. En el Japón del S. XX, o de épocas anteriores, no se tienen noticias de un fenómeno similar al de los tumbados que haya podido servir de precedente a los actuales *hikikomori*. Al contrario, son herederos de las generaciones de posguerra y de las sucesivas

¹⁰ Ibidem.

¹¹ Caballero Bonald, 1995, pp. 92-122.

¹² Usó, 2006, pp. 92-97.

recesiones económicas del Japón reciente, generaciones que han trabajado muy duramente y han conseguido salir a flote a costa de grandes sacrificios y de escatimar mucho tiempo a la familia¹³.

En cambio, y a diferencia de Landero, Caballero Bonald no presenta el encamamiento como un patrón de conducta exclusivamente masculino, pues cita entre sus parientes entregados a «la ocupación de acostado estable» a dos mujeres: tía Carola, «que se tumbó al acabar la guerra civil», y cuya decisión «tuvo el mismo significado [...] que si se hubiese recluso en un convento» y tía Isabela, que sólo se encamaba «por temporadas». Y para explicar su comportamiento nos dice: «Un día de invierno decidió acostarse con la excusa de que hacía mucho frío en la casa»¹⁴.

También el escritor Julio Llamazares nos dice: «Los ejemplos serían innumerables, pero quizá baste con el mío propio», para pasar a continuación a relatarnos en primera persona la relación que tuvo la enfermedad con su vocación literaria. Después nos sigue contando:

y es que tengo la sospecha de que en todo escritor hay un tumbado, entendida esta figura no sólo en el sentido físico, sino también en el espiritual. Juan Ramón Jiménez, Vicente Aleixandre, Baroja o el uruguayo Juan Carlos Onetti (quien, por lo visto, tomó ejemplo de Valle-Inclán¹⁵, a quien consideraba su maestro) son sólo algunos ejemplos del escritor-tumbado en su versión extrema, pero, en general, todos los escritores (me refiero a los escritores de verdad) tienen algo de tumbados en el sentido de que se apartan del mundo, se automarginan, como esos anónimos tumbados que tanto han proliferado en España. Especialmente en Andalucía, y por los que yo he manifestado también mi admiración, como en el artículo «Elogio del tumbado»: Hay quien dice que el tum-

¹³ Recordemos los casos de *karōshi*: muerte súbita producida por enfermedades cardiovasculares y cerebrovasculares a causa del exceso de trabajo. Los fallecimientos por *karōshi* empezaron a producirse en la década de los años 70 del siglo pasado (el primer caso, un trabajador de 29 años, se registró en 1969). Normalmente se producen entre trabajadores entre 50 y 60 años, pero cada vez son más frecuentes los casos de personas que no han llegado a los 30. Cada año se denuncian entre 500 y 800 casos, pero sólo son reconocidos oficialmente un 5%, la mayoría de ellos lustros o décadas *post mortem*. Este fenómeno tampoco es exclusivo de Japón pues también se han dado casos de «death from overwork» en el mundo occidental, especialmente en Estados Unidos e Inglaterra. Para más información sobre el tema, véase el libro *Karōshi «When the Corporate Warrior Dies»*, recogido en la bibliografía final.

¹⁴ Caballero Bonald, 1995, pp. 92-122.

¹⁵ Tanto Unamuno como Valle-Inclán solían recibir acostados a sus amigos.

bado lo que pretende en el fondo es volver al claustro materno, que identifica con el color de las sábanas y con la seguridad de lo conocido. Algo debe de haber de eso, y de una cierta pereza (pereza que a veces es más costosa, desde el punto de vista psicológico, que la alienación del trabajo diario, como constantemente nos demuestran las tardes de los domingos), pero lo que hay fundamentalmente, a mi entender al menos, es una gran dejación y un desinterés total por lo que ocurre en el mundo.

Y concluye diciendo:

todavía no he alcanzado el grado de madurez o de desencantamiento necesarios para tumbarme, al menos toda la vida. Pero no descarto que llegue a hacerlo [...], pues cada vez estoy más seguro de que la única forma de vivir es estar en Babia y de que la literatura, que es mi pasión desde niño, es una enfermedad que sólo se cura escribiendo¹⁶.

La escritora Almudena Grandes también ha mostrado interés por la experiencia de los tumbados. Y según la confesión de la niña protagonista de uno de sus relatos, por un lado resulta de nuevo cuestionado el carácter supuestamente masculino del fenómeno, y por otro cobra fuerza la herencia familiar o la pauta de conducta aprendida como factor determinante:

Mi abuela no se levanta de la cama desde hace veintidós años. La timaron en una cooperativa donde había metido todos sus ahorros y nunca vio el piso ni le devolvieron un céntimo. Lo de la cama nos viene de familia. Su padre se acostó después de la guerra y no se levantó más. Mi madre lleva acostada once meses, desde que mi padre se largó de casa. Me hizo la faena más grande de mi vida, pero no creas que no le entiendo¹⁷.

De los ejemplos precedentes podemos deducir que el fenómeno de los tumbados resulta mucho más común de lo que en principio pudiera parecer y es la prueba evidente de que los *hikikomori* no es un fenómeno nuevo bajo el sol. ¿Acaso los tumbados no son talludos *hikikomori* sociales o «Ni-Ni» de mediados del siglo XX en España?

Asimismo apreciamos la gran admiración, simpatía y compren-

¹⁶ Llamazares, 2001, pp. 107-111.

¹⁷ Grandes, 2005, p. 98.

sión que despierta el fenómeno no sólo en Landero, sino entre muchos otros escritores contemporáneos. Sin embargo, por el contrario, este fenómeno en Japón no produce sino un deshonor y un estigma que causa una profunda e insufrible vergüenza social en los progenitores¹⁸.

Como concluye Landero:

En el mundo acelerado en que vivimos desde hace ya muchos años, donde la ferocidad del espíritu competitivo, la codicia, el afán desmedido de brillo social y de poder, la rapidez compulsiva de los acontecimientos y la tiranía de la actualidad, impiden a menudo fijar la mirada en un punto y entregarse a la contemplación serena de las cosas, en un mundo así, la enfermedad obliga a crear un remanso donde el tiempo transcurre con otro ritmo y donde nuestra alma se ve de pronto arrebatada hacia otros anhelos y objetivos.

Puede ocurrir entonces que algo que estaba dormido en nosotros, y de lo que quizá ni siquiera éramos conscientes, cobre vida, y que surja ante nuestros ojos atónitos una imagen distinta, nueva, del mundo y de nosotros mismos. Abandonamos entonces la inconsciencia en que solemos vivir y una rara lucidez nos invita a replanteárnos nuestra escala de valores. También se afinan nuestros sentimientos hasta adquirir una suerte de hipersensibilidad que nos permite captar matices de la realidad insospechados hasta entonces¹⁹.

CONCLUSIÓN

El aislamiento de los jóvenes se ha convertido en un problema de importancia capital en las sociedades modernas, dando lugar a toda una Generación Perdida. Y puesto que estamos en la era de la globalización, que favorece más que nunca la universalización de los problemas sociales, debemos analizar las causas, prevenir y tratar de solucionar estos fenómenos que postran a nuestros jóvenes en la dejadez y abulia más absoluta. Y ante todo deberíamos preguntarnos: ¿por qué la sociedad que hemos construido entre todos aniquila a nuestros jóvenes hasta ese punto? ¿qué futuro les espera a estas generaciones y a las venideras? ¿por qué hemos creado una cultura de la ignorancia a pesar de haber creado una cultura de la información? Si hasta ahora hemos aprendido a vivir con la carencia, ¿cómo podemos enseñar a

¹⁸ Véase el estudio de una servidora, Gallego Andrada, 2007, pp. 79-107.

¹⁹ Landero, 2001a, pp. 89-90.

nuestros jóvenes a vivir con el exceso y la saturación?

Si analizamos la literatura podemos llegar a conocer y prevenir los problemas sociales de nuestra época, puesto que todo en la historia del ser humano es cíclico y el conocimiento de nuestro pasado nos concede el don de evitar repetir los mismos errores.

BIBLIOGRAFÍA

- Caballero Bonald, J. M., «Los acostados y otras controversias», en *Tiempo de guerras perdidas*, (*La novela de la memoria*, I), Barcelona, Anagrama, 1995.
- Gallego Andrada, E., «Literatura y realidad: estudio Comparativo. La mirada social sobre los hikikomori y los tumbados», *Boletín de la Facultad de estudios Extranjeros de la Universidad Sofía de Tokio*, 42, 2007, pp. 79-107, <http://www.info.sophia.ac.jp/fs/staff/kiyo/kiyo42/gallego.pdf>
- «Cambios sociales en las nuevas generaciones japonesas y su repercusión en las próximas décadas», *Boletín de la Facultad de estudios Extranjeros de la Universidad Sofía de Tokio*, 44, 2009, pp. 155-185, <http://www.info.sophia.ac.jp/fs/staff/kiyo/kiyo44/andrada.pdf>
- Grandes, A., «La amiga de Junior», *El País Semanal*, núm. 1482, 20 de febrero de 2005.
- Jardiel Poncela, E., *Eloísa está debajo de un almendro*, Cátedra, Madrid, 1995.
- Landero, L., «Tumbados y resucitados», en *Con otra mirada. Una visión de la enfermedad desde la literatura y el humanismo*, Taurus, Madrid, 2001a, pp. 85-103.
- *Entre líneas. El cuento o la vida*, Colección Andanzas, Tusquets Editores, Madrid, 2001b.
- «Los tumbados», en *Este mundo: diez relatos y un poema*, (VV. AA.), Barcelona, Plaza&Janés, 1995, pp. 99-102.
- León, Fray L. de, *Poesía*, Madrid, Cátedra, 1986.
- Llamazares, J., «El mal de la literatura», en *Con otra mirada. Una visión de la enfermedad desde la literatura y el humanismo*, Taurus, Madrid, 2001, pp. 105-111.
- National Defense Counsel for Victims of Karoshi, *Karoshi. When the «Corporate Warrior Dies»*, Madosha, Tokio, 1990.
- Prada, J. M. de, «Hikikomoris», *Animales de compañía*, en *XL Semanal*, 12 de marzo de 2006.
- Usó, J. C., «Ulises», *Revista de viajes interiores*, 8, 2006, pp. 92-97.
- Vega, G. de la, *Poesía castellana completa*, Madrid, Cátedra, 1984.
- VV. AA, *Con otra mirada. Una visión de la enfermedad desde la literatura y el humanismo*, Madrid, Taurus, 2001.
- Zielenziger, M., *Shutting out the Sun. How Japan created own lost generation*, Random House, 2006.